

EL PARNASO MEXICANO

PUBLICACION ECONOMICA

SOR JUANA I. DE LA CRUZ.

POESIAS



LIBRERÍA LA ILUSTRACIÓN.
12.—PRIMERA DE SANTO DOMINGO.—12
MEXICO

1885.

El Parnaso Mexicano.

SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ.





SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ.

FR/JLM
FRE/861M
J82
S68
Ej.1

1049574



J L M

SU RET.
CON EL JUICIO **INES DE LA CRUZ.**

Entre las glorias legítimas que enaltecieron en México el mundo de las letras, durante el período vireinal de la *Nuevo España*, ocupa un sitio preferente—sin duda de los primeros, y despidiendo brillo esplendoroso—la insigne poetisa á la cual el *Parnaso Mexicano* dedica este volumen de su publicación.

Para la Nación, el juicio del mérito sobresaliente de esta inspirada cantora de los patrios lares, ha sido ya expuesto en distintas ocasiones solemnes y bajo diversas formas, llegándose siempre á idéntica conclusión por todos cuantos han intentado buscarla, movidos por un acrisolado patriotismo, y guiados por la fúlgida luz de una crítica sensata é imparcial: la *Décima Musa*, ó la *Monja mexicana*, como se la denominé por sus entusiastas admiradores, es la concreción más

adecuada y cumplida de la *poeta vireinal*. Aquel mundo, aquella civilización, con todos sus hábitos y costumbres, con todos sus matices y colores, con sus toques de luz y de sombra; en una palabra, con todas sus idealidades y aspiraciones, está condensado y revelado todo ello fielmente en los cantos peregrinos de tan esclarecida escritora. Con razón, pues, nos parece que ha podido afirmar el Sr. Lic. José de Jesus Cuevas en una sola frase, queriendo sintetizar y dar á conocer la significación que alcanza y representa esta singular mujer en todo el desarrollo obtenido por el *Arte Poético* en México, lo siguiente: "Netzahualcoyotl es la poesía azteca, Sor Juana Inés de la Cruz la vireinal...."

Y cosa peregrina, y digna de obtener la atención del observador perspicaz, hasta la gloriosa vida de Sor Juana es espejo terso en que se retrata casi por completo, al menos en sus rasgos más salientes, el medio social al que ella perteneció.

Al comenzar la segunda mitad del siglo 17º (12 de Noviembre de 1651) vió la luz en San Miguel de Nepantla, población poco distante de la capital, debiendo su origen á padres de un pasar mediano. Desde los primeros días de su existencia, según lo atesti-

guan sus biógrafos, dió muestras harto claras de lo que seria al correr de los mismos, y ya pudo notarse con sobrada evidencia cuanto no habria de ser mas tarde la sed insaciable que la dominaria por atesorar el mayor número posible de conocimientos, cuando ya, en una edad tan temprana, tantísimo le aquejaba una semejante preocupación.

Véase lo que á este respecto nos dice el Sr. D. Francisco Pimentel, en su erudita obra, recientemente publicada, que lleva por titulo *Historia Crítica de la Literatura y de las Ciencias en México, desde la Conquista hasta nuestros dias*: "No habia cumplido tres años Juana Inés, cuando acompañando á la escuela, por afecto y travesura, á su hermana mayor, y viendo que le daban lecciones, sintió vivamente el deseo de leer, y engañando á la maestra, le dijo que su madre ordenaba le enseñase. Comenzaron las lecciones, como de chanza; pero el caso fué que en tan breve tiempo aprendió, y ya sabia leer, cuando la madre tuvo noticia de lo que pasaba.

Una circunstancia curiosa dió á conocer desde esa época lo que nuestra poetisa apreciaba las dotes intelectuales, y fué que se abstenía de comer queso, porque oyó decir que hacía rudo el entendimiento. No es, pues,

extraño que con tales inclinaciones, á los seis ó siete años supiese escribir y las labores propias de su sexo, dando á los ocho años la primera muestra de sutil ingenio, pues compuso una loa en honor del Santísimo Sacramento, animada por la oferta que se le hizo de un libro, para ella la más preciosa alhaja.

Y como oyese contar entónces que había en México Universidad y Escuelas donde se estudiaban las Ciencias, rogó á su madre, con repetidas instancias, que la vistiese de hombre y la mandase á estudiar allá, proposición candorosa que no pudo ser admitida; pero ella se desquitó leyendo diversos libros que tenía su abuelo, sin que bastasen castigo ni reprensiones á estorbárselo.

A eso de los ocho á nueve años la enviaron sus padres á México, donde todos se admiraban de los conocimientos de aquella tierna niña, notables en la edad que tenía y, sin embargo, escasos para sus deseos: así es que se dedicó con empeño al estudio del latín, recibiendo sólo cosa de veinte lecciones de un bachiller Olivas; pero por sí misma se perfeccionó tanto, que llegó á leer y escribir correctamente aquel idioma.

Es preciso oír de la misma poetisa las siguientes palabras, para comprender bien los alien-

tos que la animaban:—*Desde que me rayó la primera luz de la razón, dice, fue tan vehementemente y poderosa la inclinación á las letras, que ni ajenas reprensiones, que he tenido muchas, ni propias reflejas, que he hecho no pocas, han bastado á que deje de seguir este natural impulso que Dios pone en mí. Y creo tan intenso mi cuidado, que siendo así que en las mujeres es tan apreciable el adorno natural del cabello, yo me cortaba de él cuatro ó seis dedos, midiendo hasta donde llegaba antes, é imponiéndome la ley de que si cuando volviese á crecer hasta allí no sabia tal ó cual cosa que me habia propuesto aprender en tanto que crecía, me lo habia de volver á cortar en pena de la rudeza. Sucedió así, que el crecía y yo no sabia lo propuesto, porque el pelo crecía á prisa y yo aprendía despacio, y con efecto lo cortaba en pena de la rudeza; que no me parecía razón estuviere adornada de cabellos, cabeza que estaba tan desnuda de noticias, que era más apetecible adorno.*

Bien se comprende, sin gran esfuerzo, al concluir de dar lectura á lo anteriormente transcrito, cuál y cuánto no fué, desde los albores de la vida de nuestra esclarecida escritora, el anhelo vehementísimo, en el que naturalmente ardía por depositar en los espa-

ciosos ámbitos de su fecunda inteligencia todo linaje de humanos conocimientos, no importa cuáles. En ella tenia indudablemente su exactísimo cumplimiento el concepto etimológico de aquel calificativo apropiado con que se designa á los seres que son amantes apasionadísimos del saber. Y efectivamente, Sor Juana Inés era, en el estricto significado del vocábulo, real y positivamente una *filósofa*. Hé aquí la nota característica que la distingue y especifica.

Y no queda la menor duda que esta misma adhesión de su entendimiento al puro conocer y al asídúo entender, fué la que la hubo de llevar á descubrir, en no pocos casos, ó por lo menos á columbrar en otros, en medio de sus incesantes especulaciones, ciertas verdades y algunos aspectos de las cosas muy distantes, por cierto, de todo cuanto la rodeaba y podía influir sobre la elaboración libre de sus pensamientos. Así es que, á causa del motivo ya indicado, la religiosa de la centuria décimo-séptima, en algo se anticipó á su edad. Y aun es de presumir, con harto fundamento, que si voluntariamente no se hubiere encerrado en las estrecheces y soledades de un claustro, creyendo de este modo disfrutar de más tranquilidad para engolfarse

II

de lleno, sin obstáculo de ninguna especie, en sus cunnaturales aficiones mentales, es casi seguro que, no obstante los tiempos en que vivi6, y cuyas ideas tenia que respetar, bajo todos conceptos, sus atrevidas concepciones filos6ficas 6 cientificas, hubieran quizas tomado m6s vuelo y con mayor desembarazo acaso se habrian desenvuelto.

El profundo pensador y atildado escritor Sr. Vigil, discurriendo sobre las *tendencias filos6ficas* de Sor Juana, en s6 notable discurso pronunciado en el "Liceo Hidalgo," 6 consecuencia de la Velada Literaria que esta corporaci6n celebr6 en honor de nuestra poetisa, por los a6os de 1874, no teme decir: "Si se tiene en cuenta la situaci6n que guardaba el pa6s en la 6poca que floreci6, en que el despotismo de la dinast6a austriaca en decadencia, hac6a sentir su pernicioso influjo sobre todos los miembros de la vasta monarqu6a espa6ola, cayendo la literatura del puesto eminente 6 que un siglo antes la habian elevado Cervantes, Lope de Vega y Fray Luis de Leon, se comprender6 todo el valor de aquella inteligencia excepcional, que poseida de la ardiente pasi6n del saber, rompiendo las multiplicadas trabas que las preocupaciones sociales imponian 6 su sexo, se

atreve á tocar cuestiones que, en nuestro siglo, aguardan todavía una solución, y se expresa con una osadía de que aún hay pocos ejemplos en las mujeres de nuestro tiempo. Esto me ha hecho pensar que Sor Juana no sólo fué superior á la época en que vivió, sino que hoy mismo, á pesar de los grandes progresos realizados, no habria podido encontrar un medio social á propósito para sus aspiraciones, sino en un pueblo como los Estados- Unidos de América, los más próximos á resolver el problema de la emancipación de la mujer."

Los límites en que por necesidad tenemos que circunscribirnos, dadas las especiales condiciones de esta publicación, nos impiden hacer un extenso juicio crítico de las composiciones de la celebrada poetisa de quien nos estamos ocupando, por lo cual nos es indispensable continuar, siquiera lo hagamos á grandes rasgos, la exposición de los hechos que tejieron y determinaron su existencia. Despues de lo hasta aquí relacionado, recordaremos que fué nombrada Dama de Honor de la Vireina, en el desempeño de cuyas funciones supo conquistarse la admiracion, afecto y simpatías de toda aquella galante y culta sociedad, así por sus dotes físicas, como por las intelectuales.

De aquí pasó á la silenciosa vida de un convento, contando aún muy pocos años, como quiera que se hallaba en la primavera halagadora de su existencia; pero no sin que también la acompañase á aquella humilde reclusión, todo el prestigio y toda la fama que en el bullicio del mundo la circundaban. Allí la acompañó, respetuosa, la fama popular, y en el seno de aquella mansión solitaria, era escuchada su voz por la sociedad de su época que anhelosa la consultaba, ya por medio de visitas personales que le hacían, ya mediante correspondencias epistolares que le enviaban. Veinte y siete años permaneció en su Convento, y en aquel mismo retiro murió, grandemente lamentada, á la edad de 44 años, víctima de su ardorosa caridad evangélica, contagiada por una peste de fiebres, que se habia dejado sentir en la Capital del Virreinato, y la cual habia invadido el claustro en que Sor Juana moraba. Por atender con la mayor asiduidad y el más entrañable afecto á sus hermanas de religión, hubo de sucumbir, entregando resignada su noble, ardiente y elevado espíritu al Supremo Hacedor, que de tantas y tamañas bondades la habia colmado. Dos años antes de su fallecimiento habia mandado vender, entregando el producto

á los pobres, toda su biblioteca; consiste en 4,000 volúmenes, así como cuantos instrumentos y útiles artísticos ó científicos poseía, prestando oídos, al tomar semejante resolución, á las indicaciones que le habia hecho el señor obispo de Puebla, D. Manuel Fernandez de Santa Cruz, encaminadas á que debía consagrarse exclusivamente al cultivo de la religión.

Suscintamente, como era natural y propio, hemos presentado en estos ligeros apuntes el mérito eximio, revelado, en la vida y en las obras de tan celebrada personalidad literaria. La posteridad, de igual suerte que el período histórico en que existió, ha podido afirmar de tan singular ingenio: Fué bella, fué sabia, fué virtuosa y fué, además, uno de los ornamentos más preciosos que, en la esfera del arte poético, puede la Nación Mexicana presentar, enorgullecida, á la consideración de propios y extraños.

Con justicia y razón incuestionables, por lo tanto, y refiriéndose á la poetisa, pudo decir su compatriota, el inspirado vate José Rosas, lo siguiente:

“La mágica cantora
Ave de nuestros bosques silenciosos
Bajó á la tumba umbría,

15

Pero su dulce acento,
En su blando rumor, repite el viento,
Y su canto resuena todavía.
Su genio ilustre vivé, y en la historia
Su nombre resplandece
Como el astro más bello de la gloria"

E. FUENTES Y BETANCOURT.

México, Agosto 21 de 1885.

Sor Juana Inés de la Cruz.

REDONDILLAS.

Hombres nécios que acusáis
A la mujer, sin razón,
Sin ver que sois la ocasión-
De lo mismo que culpáis.

Si con arsia sin igual
Solicitais su desdén,
¿Por qué quereis que obren bien
Si las incitais al mal?

Combatís su resistencia,
Y luego con gravedad
Decís que fué liviandad
Lo que hizo la diligencia.

Parecer quiere el denuedo
De vuestro parecer loco,

Al niño que pone el coco
Y luego le tiene miedo.

Quereis con presunción nécia
Hallar en la que buscais,
Para pretendida, Thais,
Y en la posesión, Lucrecia.

Qué humor puede ser más raro
Que el que falto de consejo,
El mismo empaña el espejo
Y siente que no esté claro?

Con el favor y el desdén
Teneis condición igual,
Quejandoos si os tratan mal,
Burlándoos si os quieren bien.

Opinión ninguna gana,
Pues la que más se recata,
Si no os admite, es ingrata;
Y si os admite, es liviana.

Siempre tan nécios andais,
Que con desigual nivel
A una culpáis por cruel
Y á otra por fácil culpáis.

Pues ¿cómo ha de estar templada
La que vuestro amor pretende,

Si la que es ingrata ofende
Y la que es fácil enfada?

Más entre el enfado y pena
Que vuestro gusto refiere,
Bien haya la que no os quiere,
Y quejaos en hora buena.

Dan vuestras amantes penas
A sus libertades alas,
Y despues de hacerlas malas
Las quereis hallar muy buenas.

Cuál mayor culpa ha tenido
En una pasión errada:
¿La que cae de rogada,
O el que ruega de caído?

O cuál es más de culpar
Aunque cualquiera mal haga:
La que peca por la paga,
O el que paga por pecar?

¿Pues para qué os espantáis
De la culpa que teneis?
Queredlas cual las haceis,
O hacedlas cual las buscais.

Dejad de solicitar,
Y después con más razón

Acusareis la afición
De la que os fuere á rogar.

Bien con muchas armas fundo
Que lidia vuestra arrogancia,
Pues en promesa é instancia,
Juntais diablo, carne y mundo.

DE SOR JUANA INES DE LA CRUZ.

Que hizo y envió con la prisa
que los traslados, obedeciendo
al superior mandato de su sin-
gular patrona la Exma. Sra.
Condesa de Paredes, por si vie-
sen la luz pública, á que tenía
tan negados Sor Juana sus ver-
sos como lo estaba ella á su
custodia, pues en su poder ape-
nas se halló borrador alguno.

Estos versos, lector mio,
que á tu deleite consagro,
y sólo tienen de buenos
conocer yo que son malos:

Ni disputártelos quiero,
ni quiero recomendarlos,
porque esto fuera querer,
hacer de ellos mucho caso.

No agradecido te busco,
pues no debes, bien mirado,

estimar lo que yo nunca
juzgué que fuera á tus manos.

En tu libertad te pongo
si quisieres censurarlos;
pues de que, al cabo, te estás
en ella, estoy muy al cabo.

No hay cosa más libre, que
el entendimiento humano:
pues lo que Dios no violenta,
por qué yo he de violentarlo?

Dí cuanto quisieres de ellos;
que, cuando más inhumano
me los mordieres, entónces
me quedas más obligado.

Pues le debes á mi Musa
el más sazonado plato,
que es el murmurar, según
un adagio cortesano.

Y siempre te sirvo, pues
ó te agrado ó no te agrado?
si te agrado te diviertes,
murmuras, si no te cuadro.

Bien pudiera yo decirte
por disculpa, que no ha dado

lugar para corregirlos
la prisa de los traslados;

Que van de diversas letras,
y que algunas de muchachos,
matan de suerte el sentido,
que es cadáver el vocablo.

Y que, cuando los he hecho,
ha sido en el corto espacio
que serian al ócio las
precisiones de mi estado:

Que tengo poca salud
y contínuos embarazos,
tales, que aun diciendo esto,
llevo la pluma trotando.

Pero todo esto no sirve,
pues pensarás que me jacto
de que, quizás, fueran buenos
á haberlos hecho despacio:

Y no quiero que tal creas,
sino sólo, que es el darlos
á la luz, tan sólo por
obedecer un mandato.

Esto es, si gustas creerlo,
que sobre esto no me mato;

24

pues, al cabo, harás lo que
se te pusiese en los cascos.

Y adios, que esto no es más de
darte la muestra del paño:
si no te agrada la pieza,
no desenvuelvas el fardo.

SONETO.

--

*A la Exma. Sra. Condesa de Paredes,
Marqucsa de la Laguna.*

El hijo que la esclava ha concebido
Dice el derecho, que le pertenece
Al legítimo dueño, que obedece
La esclava madre, de quien es nacido;
El que retorna, el campo agradecido,
Opimo fruto que obediente ofrece,
Es del Señor, pues si fecundo crece,
Se lo debe al cultivo recibido.

Así, Lysi divina, estos borrones,
Que hijos del alma son, partos del pecho,
Será razón que á tí te restituya;

Y no lo impidan sus imperfecciones
Pues vienen á ser tuyos de derecho
Los conceptos de una alma que es tan tuya.

— — —

Procura desmentir los elogios
que á un retrato de la Poetisa
inscribió la verdad, que llama
pasión:

*Este que ves, engaño colorido,
Que del arte ostentando los primores,
Con falsos silogismos de colores
Es cauteloso engaño del sentido.
Este, en quien la lisonja ha pretendido
Escusar de los años los horrores,
Y venciendo del tiempo los rigores,
Triunfar de la vejez y del olvido:
Es un vano artificio del cuidado;
Es una flor al viento delicada,
Es un resguardo inútil para el hado:
Es una necia diligencia errada,
Es un afán caduco, y bien mirado,
Es cadáver, es polvo, es sombra, es nada.*

SONETO.

ENGRANDECE EL HECHO DE LUCRECIA.

Oh famosa Lucrecia, gentil dama,
De cuyo ensangrentado noble pecho,
Salía la sangre que extinguió, á despecho
Del rey injusto, la lasciva llama!

Oh, con cuanta razón el mundo aclama,
Tu virtud, pues por premio de tal hecho,
Aun es para tus sienes cerco estrecho,
La amplísima corona de tu fama.

¿ Pero si el modo de tu fin violento
Puedes borrar del tiempo y sus anales,
Quita la punta del puñal sangriento,

Con que pusiste fin á tantos males;
Que es mengua de tu honrado sentimiento,
Decir que te ayudaste de puñales.

SONETO.

NUEVA ALABANZA DEL HECHO MISMO.

Intenta de Tarquino el artificio,
A tu pecho, Lucrecia, dar batalla;
Ya amante llora, ya modesto calla;
Ya ofrece toda el alma en sacrificio;

Y cuando piensa ya que más propicio
Tu pecho á tanto imperio se avasalla,
El premio, como Sísifo, que halla,
Es empezar de nuevo el sacrificio.

Arde furioso, y la amorosa tema,
Crece en la resistencia de tu honra,
Con tanta privación, más obstinada

Oh Providencia de Deidad suprema!
Tu honestidad motiva tu deshonra,
Y tu deshonra te eterniza honrada.

SONETO

Muestra sentir, que la
baldonen por los aplausos
de su habilidad.

Tan grande (¡ay hado!) mi delito ha sido,
Que por castigo de él, ó por tormento,
No basta el que adelante el pensamiento,
Sino el que le previenes al oído?

Tan severo en mí contra has procedido,
Que me persuado de tu duro intento;
A que sólo me diste entendimiento,
Por que fuese mi daño más crecido.

Disteme aplausos, para más baldones;
Subirme hiciste, para penas tales,
Y aunque pienso que me dieron tus traiciones,

Penas á mi desdicha desiguales;
Porque viéndome rica de tus dones,
Nadie tuviese lástima á mis males.

SONETO.

Muestra se deben esco-
ger antes el morir, que ex-
ponerse á los ultrajes de la
vejéz.

Miró Celia una rosa que en el prado
Ostentaba feliz la pompa vana,
Y con afeites de carmin y grana,
Bañaba alegre el rostro delicado;

Y dijo: goza sin temor del Hado,
El curso breve de la edad lozana,
Pues no podrá la muerte de mañana,
Quitarte lo que hubiéres hoy gozado.

Y aunque llega la muerte presurosa,
Y tu fragante vida se te aleja
No sientas el morir tan bella y moza.

Mira que la experiencia te aconseja,
Que es fortuna morirte siendo hermosa,
Y no ver el ultraje de ser vieja.

SONETO NUMERO 1.

Resuelve la cuestión sobre cuál sea pesar más molesto en encontradas correspondencias, amar ó aborrecer.

Que no me quiera Fabio, al verse amado,
Es dolor sin igual en mi sentido;
Más, que me quiera Silvio aborrecido,
Es menor mal, más no menor enfado.

Qué sufrimiento no estará cansado,
Si siempre le resuenan al oído,
Tras la vana arrogancia de un querido,
El cansado gemir de un desdeñado?

Si de Silvio me cansa el rendimiento,
A Fabio canso con estar rendida:
Si de este busco el agradecimiento,

A mí me busca el otro agradecida:
Por activa y pasiva es mi tormento,
Pues padezco en querer y en ser querida.

SONETO NUMERO 2.

Prosigue el mismo asunto, y determina que prevalezca la razón sobre el gusto.

Al que ingrato me deja busco amante;
Al que amante me sigue, dejo ingrata;
Constante adoro, á quien mi amor maltrata;
Maltrato, á quien mi amor busca constante;

Al que trato de amor, hallo diamante;
Y soy diamante al que de amor me trata;
Triunfante quiero ver al que me mata;
Y mato á quien me quiere ver triunfante.

Si á este pago padece mi deseo;
Si ruego á aquél, mi pundonor enojo:
De entrambos modos infeliz me veo.

Pero yo, por mejor partido escojo,
De quien no quiero, ser violento empleo,
Que de quien no me quiere, vil despojo.

SONETO NUMERO 3.

Continúa el asunto, y
aun le expresa con más vi-
va elegancia.

Feliciano me adora y le aborrezco;
Lizardo me aborrece, y yo le adoro;
Porque quien no me apetece ingrato, lloro;
Y al que me llora tierno, no apetezco.

A quien más me desdora, el alma ofrezco;
A quien me ofrece víctimas, desdoro;
Desprecio al que enriquece mi decoro;
Y al que le hace desprecios, enriquezco.

Si con mi ofensa al uno reconvegno,
Me reconviene el otro á mí ofendido;
Y á padecer de todos modos vengo,

Pues ambos atormentan mi sentido;
Aqueste con pedir lo que no tengo,
Y aqueste en no tener lo que yo pido.

SONETO NÚMERO 4.

Enseña cómo un solo en
pleo en amor, es razón y con
veniencia.

Fabio, en el ser de todos adoradas,
Son todas las mujeres ambiciosas;
Porque tienen las Aras por ociosas
Si no las ven de víctimas colmadas.

Y así, si de uno solo son amadas,
Viven de la fortuna querellosas;
Porque piensan que más que ser hermosas,
Constituye deidad el ser rogadas.

Mas yo soy en aquesto tan medida,
Que en viendo à muchos mi atención zozobó
Y sólo quiero ser correspondida.

De aquel que de mi amor réditos cobra,
Porque es la sal del gusto el ser querida;
Que daña lo que falta y lo que sobra.

SONETO.

Quéjase de la suerte: insinúa su aversión á los vicios, y justifica su divertimento á las musas.

En perseguirme, mundo, qué intereses?
En qué te ofendo? Cuando sólo intento
poner bellezas en mi entendimiento,
¿no mi entendimiento en tus bellezas?

Yo no estimo tesoros ni riquezas;
¿así siempre me causas más contento
poner riquezas en mi entendimiento,
¿que no mi entendimiento en las riquezas.

Y no estimo hermosura, que vencida,
Es despojo civil de las edades,
Ni riqueza me agrada fementida;

Teniendo por mejor en mis verdades,
Consumir vanidades de la vida,
Que consumir la vida en vanidades.

LUISA MUÑOZ LEDO.

En el último día del año.

HIMNO AL SÉR SUPREMO.

¡Espíritu de Dios, que las virtudes
Envías cual lluvia al valle de quebranto,
Haz que descienda á mí tu numen santo
Y sacra inspiración!

Haz que vibren las cuerdas de mi lira;
Que suene asáz sonora la voz mía,
Y en raudales de tierna poesía
Se inunde el corazón.

El pajarillo en su arbol cada día
Tu nombre alaba ¡oh Dios! en su cantiga,
Y desde el león soberbio hasta la hormiga
Te aclaman su Criador.

Permite pues, ¡Señor! que pueda mi alr
De la vida olvidar las inquietudes,

Y consagrarse sólo á las virtudes
Con gratitud y amor.

Me has concedido un año más de vida,
Tus bondades en él me has prodigado,
Pues cada nuevo día lo has señalado
Con una gracia más.

Me has permitido ver la luz purpúrea
Con que el cielo se tiñe en la alborada;
Y el perfume de rosa delicada
Me has dejado aspirar.

Me dejaste gozar del sol ardiente
Que vivifica al hombre y á la planta,
Al pajarillo que en su nido canta
Y á la fiera mayor.

Y alagando mi oído blandamente
He escuchado del ave el dulce pío,
El suspirar del aura, el son del río
Con plácido rumor.

Y he oído entre las nubes tempestuosas
Del trueno resonar el estallido,
Y me parece en su hórrido sonido
Que resuena tu voz.

Y del relámpago en la luz fosfórea,
Que airado pestañas cree la alma mía,

Y adoro entusiasmada con tē pia
Tu magestad ¡Señor!

Me has mostrado bordado de mil astros
El cielo azul en la callada noche,
Y veo la luna en su esmaltado coche
La bóveda cruzar.

¡Bendito seas Señor, bendito seas!
Porque me has prodigado tus bondades,
¡Bendito seas en todas las edades
En cielo, tierra y mar!

Acoje benigno
Mi canto ferviente,
Ten, Padre clemente,
De mí compasión.

Tu mano en mi pecho
La gracia derrame,
Permite que te ame
Mi fiel corazón.

El tiempo en su giro
Se lleva veloces
Los plácidos goces,
La pena crüel.

Por sobre los siglos
Pasa su carroza,
Palacios destroza
Y chozas también.

Tan solo, Dios mío,
Tu nombre potente
Se oirá eternamente
Doquiera sonar.

Y pasen naciones
Y pasen ciudades
Todas las edades
Te habrán de adorar.

Yo desde mi nada
Te adoro ferviente,
Vuelve á mí clemente
Los ojos ¡Señor!

Y dulce consuelo
En mi alma que te ama
Benigno derrama
Con tu santo amor.

Permíteme ¡oh Padre!
Que siempre te alabe
Mi lira con suave
Y armónico són.

Y haz que á verte vaya
Al fin de mi vida
En la prometida
Celestial mansión.

LA POESÍA.

SONETO.

De las flores la encuentro en el aroma,
La escucho en el rumor del claro río,
La admiro en el purísimo rocío
Que vierte el cielo cuando el alba asoma.

Natura, de ella, sus encantos toma,
Y todo sin su luz se vé sombrío;
Del alma ahuyenta el matador hastío,
Y es del querube el armonioso idioma.

Del pasado remueve la ceniza,
Embellrece las ruinas, y la nada
Con su soplo creador se fecundiza. . . .

La sublime poesía fué formada
De Dios por una plácida sonrisa,
Y un rayo de su fúlgida mirada.

LUCIA G. HERRERA.

AL ILUSTRE DOCTOR

Gabino Barrera.

Murió! Murió! ese hombre de gran ciencia,
No verá brillar más la luz del día,
Ya falleció por eso la alegría
Subió al cielo en las alas del dolor!
¿Qué es la vida que pasa? Es un momento.
¿Qué es el placer y la riqueza? Nada.
¿De qué sirve la ciencia venerada
Si en la tumba se queda? Nada ¡oh Dios!
¡Ay! al pensar que todo en polvo inerte
Se queda ahí en el ataúd profundo,
Al pensar que tan sólo de este mundo
La nada y el vacío han de quedar,
Se oprime el alma; quémase la mente,
Negro aparece el porvenir sombrío
Y tan sólo se vé ¡Dios Santo y pío!

Adelante lucir la eternidad.
Era una noche triste y pavorosa
Aunque la luna en el zenit brillaba;
En una estancia oscura y silenciosa
La vida de un gran sabio agonizaba,
Mexicanos! llorad! ese gran sabio
Nuestro mundo falaz ya abandonó;
Pero ¡ay! no puede articular el labio
El pesar que en el alma se sintió!
Él ya murió, pero quedó en el mundo
Dulce recuerdo del que nos dejó;
Si nos quedamos en dolor profundo,
Altas ya la fama le elevó.
Mas no basta una memoria
A tan gran ingenio dar
Debes ¡oh Patria! grabar
Su ilustre nombre en tu historia.

1881.

HOGAR.

¡Hogar! ¡Palabra mágica y bendita,
 Cuán grande es tu poder!
 Tu solo nombre cariñoso, agita
 Con fuerza el corazón de la mujer
Puerto dulce y hermoso donde el alma
 Halla amor, amistad;
 A donde encuentra bienhechora calma
 Quien del mundo sintió la tempestad,
Por tí suspira el peregrino errante
 . Que se halla sin abrigo;
 Por tí se inspira el corazón amante
¡Hogar! ¡Mi santo hogar, yo te bendigo!
Mirad á una mujer, reina en un baile
 Obsequiada sentida;
 Llena de halagos, de contento llena,
 Reflejándose el gozo en su pupila.
Pero védla después; está hastiada,
 Fatigada, rendida,
 El bello baile la cansó muy pronto;

No es ese el goce que la da la dicha.
Vedla en el teatro, escucha extasiada
 La deliciosa música;
 Ese placer la cansará muy pronto:
 Tampoco está en el teatro la ventura.
Miradla en el paseo; todo el mundo
 Entusiasta la mira;
 Ese placer la cansará muy pronto
 Porque también la admiración hastía.
Pero vedla en su hogar; cuán cariñosa
 Con los suyos se muestra;
 Miradla como cuida de sus hijos
 Y cómo en contemplarlos se recrea,
Miradla ahí feliz, ya nada pide
 Porque todo lo tiene:
 Tiene ahí gran placer que nunca cansa;
 Ese placer es el que dura siempre.
Bien puede en sociedad, en el gran mundo
 Tener rivalidades,
 Pero en su hogar es reina en absoluto
 Y es el hogar el reino que más vale.

PARODIA DE BECQUER.

Volverá la radiante primavera
Con sus flores los campos á esmaltar;
Toda la creación de su letargo
Feliz despertará.

Volverá la amorosa tortolilla
A sus tiernos hijuelos á arrullar;
¡Los séres que la tierra abandonaron
Esos. . . . no volverán!

Volverá el sol con sus dorados rayos
De la noche las sombras á ahuyentar;
El canoro jilguero en la enramada
Su canto entonará.

Pero la edad de la inocencia pura
Que alejándose poco á poco vá;
La niñez con sus risas y sus goces,
Esa. . . . no volverá.

María del Refugio Argumedo de Ortiz.

LA FLOR DEL SEPULCRO.

Blanca flor, aromada, süave y pura
¿Por qué brotaste, triste, en sepultura?
¿Por qué te inclinas, Rosa, lánguidamente?
Eres, acaso, un alma que sufre y siente,
O vino á colocarte con triste llanto,
Cual recuerdo, una madre de su quebranto?
En el sepulcro vives, flor aromada,
Cual suspiro de virgen enaamorada,
Dime si gozas
O si pasan tus horas tristes, tediosas.

Esta es mansión de duelos y de tormentos
Y van á marchitarte los crudos vientos,
El sol de la existencia aquí no brilla,
Pronto vas á inclinarte triste, amarilla,
Que la vida no se halla junto la nada
Ven, ven á mis pensiles flor perfumada
Deja ya esta morada de eterno duelo

47

Pues morirás de tédio y desconsuelo,
 Ven, rosa pura
Dejemos la morada de la tristura.

Ven á gozar de vida entre otras flores,
Ven á gozar con ellas dichas y amores,
Ven y la brisa pura de la mañana
Te ponga, flor querida, fresca y lozana.
Ven, ven á mis jardines, mi blanca rosa,
Serás entre mis flores la más hermosa,
Yo te daré mis besos y mis cantares,
Te confiaré mis dichas y mis pesares:
 Y cuidadosa
Velaré por tus hojas siempre afanosa.

No quiero te marchites entre las tumbas
Ni que triste y doliente sola sucumbas,
Aquí no podré darte tiernas canciones;
Muere aquí la esperanza, las ilusiones.
Fúnebres pensamientos surcan mi mente
Y se inclina angustiada mi mústia frente,
Ven, otra vez, te ruego, á mis jardines,
 Ven, flor querida
Deja la triste tumba, ven á la vida.

México, Mayo de 1884.

A UNA FLOR.

¿Qué tienes mi flor querida?
¿Por qué te inclinas sin vida
Y te dejas marchitar?
Tal vez agudo penar
Te ha puesto descolorida!

Tal vez lloras la ternura
Del zéfiro que murmura
Cántigas tiernas de amor,
Y el beso fascinador
Que te daba con locura.

Comprendo bien tus dolores
Del pensil de tus amores
Ruda mano te arrancó,
E inclemente te dejó
Del destino que te inmola.

Y sufres doliente y sola,
Inclinando tu corola
Por amargo padecer

Sin poderte defender
Del destino que te inmola.

Ya nunca tendrás consuelo
Sin fragancia en tu desvelo
Pronto habrás de sucumbir,
Pues la ausencia hace morir
En sus abismos de hielo.

Y ahora que el dolor te oprime
No has de encontrar quien te anime,
Que al mundo sin compasión
Siempre sirve de irrisión
El que atormentado gime.

Yo que comprendo anhelante
Esa tu pena constante
Ese tu amargo sufrir,
Ahora que vas á morir
Te ofrezco mi seno amante.

Ven, pobre *martir de ausencia*
Que ha herido con indolencia
El fatídico dolor:
Yo guardaré con amor
Tus pétalos sin esencia.

México, Mayo de 1884.

INVOCACION AL SOL.

SONETO.

Sal esplendente sol, en hilos de oro
Estiende tu soberbia cabellera,
Y tu esplendente luz que reverbera
Ostente su magnífico tesoro.

Alumbra el mundo y en melífluo coro
Cantará el ruiseñor, la primavera,
Sal y dame calor, mi alma te espera,
Con férvida emoción ahora te imploro

Bajo tu influencia mi clavel se anime,
Alce su caliz la violeta bella
Y cese el duelo que letal me oprime. . . .

Tu luz, tu regia luz clara destella,
Sobre mi frente tu grandeza imprime
Igneo fuego que Dios deja en su huella. . .

México, Abril 16 de 1884.

DESOLACION.

Vivir siempre esperando y sin consuelo,
Cruzar entre las sombras lentamente.....
Sentir la idea girar eternamente.....
En medio del insomnio y el desvelo.

Jamás mirar el sol en nuestro cielo;
Tener herido el corazón que siente;
Llevar quemada de pesar la frente,
Y bogar en un mar siempre de hielo;

Es mi eterno dolor tan candecido;
Es el que eternamente estoy sintiendo
Viendo mi porvenir oscurecido.

Ya la dulce esperanza voy perdiendo
Y vivir en tormento tan crecido,
Es sufrir, padecer, vivir muriendo.....

México, Abril 16 de 1884.

EL POETA.

Cual se levanta en el desierto ardiente
Al soplo abrasador la enhiesta palma,
Así se alza en mi abrasada mente
Un pensamiento de ilusión ferviente
Que hace agitar con emoción á mi alma.

Quiero rasgar el porvenir sombrío,
Soñar feliz con ilusiones bellas
Para olvidar el sufrimiento impío,
Y en la efusión del sentimiento mío
Gozar tranquila, disfrutar con ellas.

Genio esplendente de fulgor y vida,
Por tí del mundo olvido los agravios,
Tú arruyas mi existencia dolorida,
Por tí se siente el alma conmovida
Y palabras de amor vierten mis labios.

Quiero con flores de fragante aroma
Coronar del poeta la cabeza,

Porque la luz que en su mirar asoma
Del sol radiante entusiasmado toma
Y cruza el triste erial con entereza.

Él surca el mar de negras amarguras
Y llena el aire con su dulce acento,
Busca su ideal mansión en las alturas,
Y olvidando sus negras desventuras
Cual águila caudal traspasa el viento.

Él descende al abismo entusiasmado,
Penetra como el cárabo su fondo
Y con la fé de su alma enagenado
Lanza del corazón un ¡ay! tan hondo
Que llega hasta el Señor Purificado.

Y allá en el corazón del infinito
Busca su centro con afán ardiente;
La caridad y amor forman su mito,
Y cual la dura roca de granito
Resiste con su fuerza prepotente.

Recreándose con mundos de armonías,
Él siente lo que el vulgo no comprende
Y en las noches negrísimas, sombrías,
Vierte de su laúd las melodías
Y su antorcha de luz ávido enciende.

¡Oh poeta, poeta! tus cantares
Comprende sólo el corazón que siente,

La ciencia te coloca en sus altares;
Tu nombre en su rugir lanzan los mares,
Te dan las brisas perfumado ambiente.

Tú, en medio del revuelto torbellino,
Alzas al cielo la inspirada frente,
No te doblegas al fatal destino;
Con paso firme sigúes tu camino,
Aureola llevas de esplendor luciente.

Tú el porvenir presientes palpitante,
Tú sabes leer en la azulada esfera;
El soplo del Señor te hizo gigante,
Y à impulso de ese fuego dominante
En tu mirada el fuego reverbera.

Herschel con catacléópticas grandiosas
Mira un volcán en Diana refulgente,
Descubre á Juno y Vesta luminosas;
Más tú, poeta, en tus ideas fogosas
En el sólio de Dios posas la frente.

.....

Tu patria no es aquí, alza tu vuelo,
Allá en el infinito está la gloria:
Tu ciencia no comprenden en el suelo,
Remóntate, poeta, en tierno anhelo,
Deja al mundo tan sólo tu memoria.

México, Abril 9 de 1884.

DOLORES GUERRERO.

Sueños y Lagrimas.

I

¡Bello es vivir, si el corazón encierra
Brillantes ilusiones y esperanza,
Y si sueña un edén de bienandanza
En medio á las miserias de la tierra!

¡Bello es vivir pensando en lo presente
Sin jamás acordarse del pasado,
Viendo delante un porvenir dorado
Que ciga con su luz resplandeciente!

¡Bello es vivir amores delirando
Creyendo de constancia en la quimera,
Y volando el espíritu á la esfera
Un sér hallar que nos esté adorando!

Su vago sonreír, su faz doliente,
Su lánguido mirar, su blando acento,

Todo se lo adivina el pensamiento. . . .
Se lo figura todo nuestra mente.

Y el alma enagenada con su sueño
En letargo feliz pasa la vida,
Hasta que duramente sacudida
Despierta luego de su falso ensueño.

¡Es el destino! con su férrea mano
Nos arranca los mágicos delirios,
Y en vez de rosas y azulados lirios
Cardos y abrojos nos presenta insano.

Y desde entónces ¡ay! lenta agonía
Destroza el corazón hora por hora,
Y destruye la fiebre abrazadora
Nuestra existencia con su saña impía.

Así mi corazón en tiernos años
Se encuentra marchitado y abatido. . . .
Muy temprano ¡ay dolor! se ha envejecido
Por el tedio, el pesar, los des engaños.

II

No ha mucho tiempo que amaba
Con frenesí, con locura,
Y soñaba en la ventura
De que era adorada así.

Cuando escuchaba al ingrato
Constancia eterna jurarme,
Que pensara el engañarme
Ni un instante lo creí.

Me deleitaba pensando
Que jamás me olvidaría;
¡Cuánto gozó el alma mía
Con tan divina ilusión!

Sentada al margen del río
Lo esperaba con anhelo,
Porque él era mi consuelo
Y el dios de mi corazón.

Al sonido de su acento,
Al brillo de su mirada,
Embebecida, extasiada,
No anhelaba otro placer.

Y él también; con que alborozo
A verme siempre llegaba,
Jurándome que me amaba
Y era todo su querer. . . .

Me decía: "Eres mi cielo,
Eres mi único tesoro,
Con toda el alma te adoro,
Y sin tí yo moriré.

Porque sin tu amor la vida
Es un padecer eterno;
Es un martirio, un infierno
Que soportar no podré.

Tú sola en mi pecho imperas;
No vivo sino a tu lado
Y tu recuerdo sagrado
Jamás se aparta de mí.

No dudes, nó, vida mía;
De la pasión que me inflama,
Y de que esta voraz llama,
No arderá sino por tí."

¡Pobre de mí! que era entónces
Cándida, inocente y pura,
Y en su mentida ternura
Creí con ardiente fé.

Su recuerdo me halagaba;
De él era mi pensamiento,
Y de celos el tormento
Nunca en mí dicha probé.

Mas ¡ay! cual violento rayo
Que de horror todo lo llena
Y que arranca á la azucena
Sus tallos en su furor,

Así los celos vinieron
A arrebatarme la calma,
Hiriendo crueles mi alma
Con un dardo punzador.

Supe que de otra en los brazos
Dulces caricias gozaba,
Que era ella á la que amaba
Con frenética pasión.

¡Y por mí nada sentía!
Era falaz y perjuro,
Y mi amor, ardiente y puro
Le inspiraba compasión.

¡Compasión! triste palabra,
Que me arrancó amargo llanto,
Pero en mi duro quebranto
No me vino á consolar.

Se olvidó de sus promesas,
Y me dejó ¡desdichada!
Su imagen aquí grabada
Sin podérmela arrancar.

Sí, y la tengo en el alma
Para mi mayor tormento,
Y no me deja un momento
Su recuerdo encantador.

60

Diera con gusto mi vida
Por vivir, en su memoria. . . .
Para mí sería la gloria
Que me volviera su amor.

Pero no. ya no creería
Sus palabras amorosas,
Ni en protestas engañosas
Confíara el corazón.

He sufrido mucho tiempo
Con esta ilusión dorada
Debo, pues, dejar borrada
Para siempre mi pasión.

III.

¿Pero qué logra el alma hecha pedazos
Con olvidar sus sueños, sus amores,
Si el cruel infortunio y los dolores
Nos dejan una huella de pesar?

¿Si no tiene ilusiones ni creencias,
Si no le queda más que ódio profundo
A los mentidos goces de este mundo
Que viene la existencia á acibarar?. . . .

¡Ah! siento ya vacío insoportable
Aquí en el corazón; nada lo llena

61

Y crece cada día mi honda pena. . . .
Y no ceso un instante de llorar.

Perdió la vida para mí su encanto,
Mi única esperanza está en el cielo. . . .
¡Quiero volar á él! Este es mi anhelo,
Porque es triste en el mundo vejetar.

México, Julio 15 de 1852.

NOMBRE DESGRACIADO.

A mí me llaman Dolores
Y en el alma dolor siento,
Que me dan crudo tormento —
Unos ingratos amores.

Dolores me dió la suerte
Para que fuese mi nombre,
Así es que á nadie le asombre,
Que causen ellos mi muerte.

Y si van siempre conmigo,
No me quejaré del que amo,
Pues que Dolores me llamo
Preciso es que sean mi abrigo.

Por eso á nadie importuno
Culpándole de mi mal,
Que del destino fatal
No tiene culpa ninguno.

63

Sufriré, pués, sin quejarme,
Mis tormentos y dolores,
Ya que el hado en sus rigores
Dolores quiso llamarme.

A UNA ESTRELLA.

No sé qué encanto misterioso y bello
Tiene tu luz, estrella diamantina,
Que al contemplar su vívido destello,
El fuego del amor en mí germina.

Tus dulces melancólicos reflejos
Me recuerda la luz de una mirada,
Que brilla ahora de mi lado lejos,
Y está en mi mente sin cesar grabada.

Veces mil en el agua de la fuente
Retratada miré tu faz divina,
Brillabas más hermosa, más lucente,
Al través de la tela cristalina.

De la selva también en la espesura
He admirado tus vivos resplandores,
Allí me pareciste blanca y pura
Cual primera ilusión de los amores.

En las horas de triste desaliento,
En que el alma abatida sufre y llora,
En que es la vida un hórrido tormento
Que oprime el corazón, que lo devora;

Fijo mis ojos en el ancho cielo
Salpicado de bellos luminares,
Y en tu vivo fulgor hallo el consuelo
Que mitiga mis íntimos pesares.

Porque tu luz, estrella diamantina
No sé qué hechizo tiene misterioso,
Que deslumbra la mente, la fascina,
Cual dulce ensueño de un amor dichoso.

Nunca me robes tu fulgor divino,
Sé de mi vida luminosa guía,
Y ya que es triste mi fatal destino
Sé tú un consuelo para el alma mía.

FRANCISCA C. CUELLAR.

Tenaz recuerdo.

¡Sombra impalpable de la oscura nada,
Ven á borrar su imagen de mi mente;
Que mi alma aletargada
No sienta más aqueso fuego hirviente,
Esa llama de amor abrasadora
Que me está consumiendo hora tras hora!

¿Para qué recordar el bien perdido?
¿Por qué el pasado he de tener presente
Si todo. . . . todo es ido?
Si aquella inmensa dicha fué ilusoria?
¡Ah! ¡ven á mí, consolador olvido,
Y ofusca con tu velo mi memoria!
¡Que tus densos, negrísimos crespones
Envuelvan los encantos y detalles
De mis halagadoras ilusiones,

Y en confuso tropel, y en un momento
Vayan á sepultarse á otras regiones
Do no pueda llegar mi pensamiento!
¡Que se convierta en mármol ó en frío hielo
El corazón que apasionado alienta!.
¡Quizá este cambio me dará el consuelo
De extinguir el dolor que me atormenta!
¡Cuánto he rogado al bondadoso cielo
¡Que acabe yá tan bárbaro suplicio!
Y lo imploro á toda hora sin cesar;
Mas Dios quiere de mí este sacrificio.
¡Ah! nunca he de olvidar!
Y por eso es mi pena continuada,
Mi sufrimiento atroz;
Y hallo en todo su imagen retratada,
Y oigo en todo el acento de su voz.
En vano busco distracción, bullicio,
Músicas, algazara,
Aves, flores y nubes. ¡oh dolor!
A través de las nubes, veo su cara;
En las flores, su aliento embriagador;
En el trinar del ave, oigo su risa;
En las notas, las frases de su amor;
Y en el bullicio, ó algazara loca
Aun más mi mente su recuerdo invoca.

¡Ayl ¡á veces su imagen se presenta
Revestida de luces, trasparente,

Diáfana, pura, esplendorosa, bella,
Como fúlgida estrella!
Como del Sol el disco refulgente.
Y en medio de ese foco luminoso,
Tan sólo se destaca su mirada;
Es vago su contorno primoroso,
Y su figura apenas bosquejada;
Pero otras ocasiones, oh! ¡le miro
De tan grande relieve!
¡Un busto blanco, frío como la nieve,
Y tan pesado, colosal, inmenso,
Que dobla mi cerviz, cierra mis ojos,
Y más que nunca en esa imagen pienso. . . .

Idos lejos de mí, necios recuerdos,
Y que insensible para siempre quede;
Pues, si aquello pasó, si nada existe,
Si lo que un tiempo fué volver no puede
¿Para qué atormentais á mi alma triste?
¡Oh! ¡si al menos tuviera
La idea de que mis males comprendiera,
De que su corazón compadecido,
Un instante siquiera
Por mi mucho penar habia latido!
Entonces, ¡con qué gusto sufriría!
Feliz con mis tormentos me creería!
Pero ni este consuelo
Tendrá jamás el alma desolada.

¡Así lo ordena el cielo!
¡Que recuerde, ay de mí, y esté olvidada. . . .
Mis lágrimas descienden hasta el suelo.
Y formarán profundo, inmensa río,
Antes que de mi mente sea borrada
Su imagen seductora.
¡Solo en el fondo del sepulcro frío
Concluirá mi pasión devoradora,
Terminará mi grande desvarío!.
No, ni así ha de acabar, nó; porque en mi alma
Grabóse mi pasión; allí está escrita,
Y el alma es inmortal; es infinita;
Es soplo del Señor Omnipotente,
Y vivirá cual Dios, eternamente.

Laureana Wright de Kleinhans.

D I O S.

*Car c'est une des fatalités de
l'humanité d'être condamnée à
l'éternel combat des fantômes.*

VICTOR HUGO.

Allí estás tú, Señor de las edades,
Oculto, y sin embargo, conocido;
Teniendo siempre en todos los idiomas,
Bajo todos los nombres un sentido!
En medio del espacio colocado,
Tu planta colosal sobre los mundos
Del universo todo que se mueve
Por tu fuerza titánica impulsado.
¡Allí estás Tú, sobre el inmenso trono
Que te forjara el pensamiento humano,
Lanzando rayos ó lanzando estrellas
Al extender tu omniponente mano!

¡Allí estás Tú cual te soñara el hombre:
Unas veces sonriendo á sus caprichos
Y abriéndole tus brazos cariñoso,
Otras veces airado y tenebroso
Preparando el tormento
Para que expíe el humano
El crimen ó la falta de un momento.

Antes aún que osado Galileo
La fijeza del sol manifestara,
Y Copérnico altivo con su mano
De los astros el curso señalara,
Cada país, cada hombre, cada idea,
Se fué su Dios á su manera haciendo,
Y sólo con sentirle y con nombrarle
Fué en su ficticia realidad creyendo.
Y todos eran Tú . . . y á un tiempo mismo
Tu excelsa majestad representaban
Desde el *Jesus* de paz y mansedumbre
Hasta el *Dios* del rencor y de la hoguera;
Desde el *Dios-astro* que venera el druida
Y el *Jehová* asolador de los hebreos,
Hasta el *Brahma* de la India tenebroso
Y el *Alá* de los moros, voluptuosos!
Y todos eran Tú para los hombres
Que al pié de sus altares se inclinaban,
Y en medio á su amargura y sus dolores
La calma y el consuelo

En su mentida protección buscaban!
Oh! pobre humanidad . . . ¡triste pigmeo
Que con la fuerza del titán se juzga,
Y se levanta altiva en su deseo,
Ya derribar creyendo con su brazo
Cuanto su marcha contener pudiera
Y retardar su gigantesco paso!
Su mirada orgullosa centellea;
Nada puede oponerse á su camino;
Reina del mundo en su ambición se siente
Y ante el muro fatal de su destino,
Corre á estrellarse la ardorosa frente!
Oh! pobre humanidad . . . ! mísero insecto
Que siente en su interior desarrollada
La fiereza del águila gigante,
Y elevarse la vé desesperada,
Pensando que la atmósfera que cruza
A su pequeño sér está vedada!
Más infeliz en todo que culpable,
Y menos criminal que desgraciada,
Mezcla á la par sublime y miserable
De humildad y de orgullo,
De poder é impotencia,
Ya sea instinto, sea espíritu ó materia
Lo que su sér domina,
Mucho de grande en su ruindad encierra;
Mucho de grande en su interior germina.
Algo de diosa en su ilusión sintiendo,

No podía conformarse con la suerte
De ser el todo y convertirse en nada;
De nacer para pasto de la muerte,
Y ver morir con su mezquino cuerpo
La parte inmaterial que en él palpita:
El divino fulgor del pensamiento.
Su mente entonces, fabricando una alma,
Un más allá pensó, tras el tormento
Soñando hallar apetecida calma.
Mirando descollar sobre su frente
Otro mundo de soles y de estrellas,
No pudo soportar la idea mezquina
De que sus nubes fúlgidas y bellas
No alcanzase jamás; y que su planta
Jamás en él estamparía sus huellas,
Y fango sólo encontraría á su paso
Desde su triste cuna hasta su ocaso.

Necesitaba entonces un paraíso
Que á su dulce mansión le trasportara,
Y con el soplo de su creencia lo hizo.
Su corazón ardiente en su ambición no pudo
Resignarse á sentir aquel vacío
Que siempre grande en su recinto siente;
Ese vacío que nada de la tierra
Puede llenar; que fiero se levanta
Sin saber qué pretende,
Ni cuál objeto en su ansiedad encierra;

Ese vacío, que nunca satisfecho,
Le obliga á remontarse al infinito
Buscando allí lo que su mente anhela:
Una esperanza duradera y grata,
Una verdad que la extensión le vela;
Le fué preciso resolver entonces
De su inquietud y su agonía el problema,
Y se hizo un *Dios* según le imaginaba:
El Dios eterno que doquier buscaba.

.....

El hombre, en su ignorancia y en su orgullo,
Quiso de nubes fabricarte un cielo
Que fuera tu mansión y su esperanza
De la tierra en el triste desconsuelo.
¡El, que no sabe ni su propio origen,
Quiso el tuyo saber y comprenderte:
En su delirio te forjó una historia;
Quiso su igual en apariencia hacerte
Diciendo que le creastes á tu imágen,
Y á cada paso tu ilusión vestía
Los ensueños que él mismo concebía.
Y no contento aún con suponerte
Su condición moral y sus errores,
Su vida material quiso imponerte
Dándote forma, colorido y nombre;
Con las miserias todas de su especie
Te hizo nacer y convertirte en hombre.

Y *Cristo* entonces, pobre, despreciado,
Maestro y profeta, fuiste vagabundo
Lecciones santas con tu vida dando
Sin que tu ejemplo comprendiera el mundo.
Marchando siempre à impulso de su antojo,
Del cielo mismo que te había formado
Bajaste por morir entre sus manos.
Ante él la frente dócil inclinaste,
Cual si tu solo fin hubiera sido,
Al pisar de la tierra los abrojos,
Legar un crimen más á su conciencia
Y mostrarte impotente ante sus ojos.
Y luego á su ambición ya no bastaba
Para un pedazo del mezquino mundo
Un sólo Dios; hacer necesitaba
De tu misma persona tres personas;
Y la fé á la razón anteponiendo.
Inconsecuente en todo con él mismo
Por tanto delirar con sus errores,
Ante su creencia *levantó un abismo*.
Sus ópticas visiones aumentando,
De mitos y de sombras su conciencia
Al paso de los tiempos fué poblado;
Y triste mártir de su loco ensueño
Siglos de siglos en sus cruentas aras,
Al vértigo cediendo de su empeño,
Inmoló las primicias de los campos
Que el sudor de su frente cultivara;

El oro y los diamantes que á la tierra
Afanoso arrancara;
Su hacienda y su fortuna, *lento fruto*
De trabajos constantes y prolijos,
Su libertad, su paz, su inteligencia,
Y hasta la sangre de sus tristes hijos!
Y ya despues de sacrificios tantos,
Cuando por fin se hundieron en el polvo
Con el hábito pálido del monge
Las paredes de oscuro monasterio;
Con los crueles enseres del suplicio
El dogma del terror y del misterio,
Y con la fé sencilla del creyente
La cota, formidable del templario
Y el austero sayal del penitente,
Como de un sueño aterrador volviendo
En su reedor los extraviados ojos,
Tendió, sus adelantos inquiriendo,
Y sólo halló sus míseros despojos,
Su mismo llanto humedeciendo el suelo,
Y allá en su corazón, el mismo anhelo!

Miró que su *alma* del sepulcro nunca
Para probar su realidad salía,
Su *cielo* que brillaba solamente
Al rayo de su ardiente fantasía,
Al quererle tocar en su delirio
Cual humo ténue de su mano huía,

Y sus *dioses*, que siempre indiferentes
Su desventura y su dolor veían,
El eco de su voz nunca escuchaban
Ni á su triste gemido respondían!.....
Dioses deformes, como suyos, eran
Los que forjó su temblorosa mano,
Y al perderse su luz engañadora
Volvió á brotar la sombra del arcano.
Entonces Tú, Señor, Dios invisible,
Volviste á presentarte misterioso,
Volvió á elevarse tu ignorado nombre;
Resplandeció tu incógnita grandeza,
Y contigo el enigma tenebroso
Volvió á invadir la religión del hombre!

Allá lejos, muy lejos, en el fondo
De lo que él ha llamado su conciencia
Un átomo le queda de esperanza
Que pugna por vencer á la evidencia;
Que comprender no quiere de su sino
La triste realidad, y aun se resiste
A creer que es solamente su destino
Nacer, creer, morir é ir á perderse. . . .
¿Quién sabe dónde? . . . do se pierde todo;
Cuanto en su seno la creación encierra:
En el caos infinito del espacio
O en las negras entrañas de la tierra.
Y marcha desolada y abatida

Sin conocer jamás de dónde viene
Y á dónde va, sin comprenderse nunca;
Fluctuando siempre entre los dos poderes
Que se alzan dominando su miseria;
Su Dios ficticio, el que su afán concibe,
Y su Dios positivo; la materia!

Y tú entre tanto, sigues tu camino,
Impasible, impertérrito, invariable. . . . !
Unico sér nacido sin especie,
Incomprensible en todo, incomparable!
Jamás el eco de tu voz se escucha;
Jamás el peso de tu pié se siente;
Tu voz será el silencio? . . . tu sér será el vacío
Y tu conjunto el éter trasparente?

¿Qué mucho que el doliente incierto mundo
Niegue tu realidad y tu existencia,
Si encuentra siempre su anhelar profundo
Al buscarte afanoso,
Que es tu solo argumento
Y tu sola razón lo tenebroso?
Y qué mucho que dude? . . . si existieras,
Serías tan grande que en el orbe entero
No habría lugar donde ocultar pudieses
Tu singular grandeza,
Sin que un destello de tu luz surgiera,
Sin que llegara hasta nosotros *algo*
Que á redimirnos en tu fé viniera! . . .

Tú no existes! . . . la ciencia no te encuentra:
La razón te rechaza, y sin embargo,
Se siente tu poder por todas partes;
Doquier se tienda la mirada ansiosa
Tropieza con las obras de tu mano;
El Universo en su extensión grandiosa
Tu vida y tu verdad está probando!
En todos los objetos que le forman
Hasta en sus más pequeños pormenores
Tu influjo se revela,
Lo mismo en los arbustos y en las flores,
Que en la onda gigantesca del océano
Y en la trémula estrella que en él rielas;
Donde nacen el águila, el gusano;
Do vive el elefante ó la gacela,
Donde brota una hojilla, allí el destello
De tu grandeza y tu poder se mira.

¿Quién si no Tú sobre sus aéreos ejes
El universo sostener pudiera?
¿Quién si no Tú del aire las corrientes,
De los astros la incógnita carrera,
La vida, el equilibrio y la natura
Sin cesar renovara y dirigiera?
Mas tal vez desde el punto que le hiciste
Los gérmenes perpétuos de existencia
De movimiento y duración le diste;
Y al acaso después le abandonaste

Sin volverte á ocupar de su destino
Desde que al éter vago le arrojastel.....

Fantasma vagaroso, impenetrable
Del óptico espejismo de la mente
Brillante y melancólica utopia
Que marchas con los siglos esplendente
Haciendo de ellos tu constante día:
¿Quién sabe si naciste de la nada,
Si con tu mismo soplo te formaste,
Y son átomos tuyos esos mundos
Con que el espacio sideral poblaste?....
Si Tú los creaste ó te crearon ellos
Al calor de sus soles y sus astros,
En tu sér concentrando sus destellos?.....
Si un planeta produce tantos séres,
Acaso todos juntos produjeron
Tu sér inmenso y tu inmortal grandeza,
Y la aureola de rayos refulgentes
Que todos ellos en reedor lanzaron
Hicieron fulgurar en tu cabeza?.....
¿Quién sabe lo que tú eres? quién ha visto
Tu faz ni tu presencia?
Quién ha podido conocer tu forma
Ni definir tu primitiva esencia?
¿Quién sabe si eres forma ó un destello?....
Si eres el *Dios-espiritu*, el *Dios-génio*,
O el *Dios-naturaleza*?.....

81

¡Inútilmente el pensamiento humano
A investigar se lanza decidido
Tu misterioso sér; todo es en vano!
Tú seràs siempre lo que siempre has sido:
La eterna sombra, el insondable arcano!

México, Junio 14 de 1876.

LA HUÉRFANA.

Huérfana triste! el tumultoso mundo
Va cruzando sin rumbo y sin amor,
Como la hoja del árbol desprendida,
Que el viento en su vaiven arrebató.

¿A dónde parará? la desventura
Al abismo quizá la llevará,
Donde su débil, inesperta planta,
Detenerse en el borde no podrá.

Para ella ¿dónde está la Providencia?
A dónde la sensible humanidad,
Si no halla amparo ni consuelo su alma,
Ni su mísero cuerpo caridad?

Sólo extraños encuentra ante su paso
Seres indiferentes, que á sus piés
Hacen más rudo el árido camino
Con la frialdad del egoismo cruel.

A dónde parará la infortunada?
De la existencia el borrascoso mar
La llevará á la playa bonancible?
¿En su fondo fatal la arrojará?
¡Quién lo sabe! perdida por el mundo
Va cruzando sin rumbo ni sostén,
Como la hoja del árbol desprendida
Que el viento arrebatara en su vaivén!
Y sin embargo, la conciencia existe;
Y existen el amor y el corazón;
Y aquí en la tierra. . . se levanta el hombre! . .
Y allá en el cielo. . . . se levanta Dios! . . .

CAMERINA PAVON.

A DIOS.

Audáz el hombre niega tu existencia
Que se halla manifiesta en la creación,
Pues dice, orgulloso, que la ciencia
Rechaza como falsa esta aserción.

Más si toca á su puertá la indigencia,
Lo atribula el dolor y la aflicción,
De rodillas implora tu clemencia
Elevando hácia el cielo su oración.

En lucha siempre con su propio sér,
Airado predicando la impiedad,
El nos prueba ¡Dios mío! tu gran poder

Y á la vez su orgullo y fatuidad,
Cuando necio pretende sostener
Que tu existencia es mito, falsedad.

Enero 21 de 1885.

DOLORES DELAHANTY.

Dos almas,

Que grato es para un alma
Que amante adora,
Ver unos ojos bellos
Como la aurora.

Oír palabras dulces
De amor henchidas
Que una y otra alma
Estén comprendidas.
Y más grato es todavía
Que á quien se adora,
Esté pensando en uno
Hora tras hora.

LA MUERTE DE JESUS.-

Del sol ardiente los rayos calcinantes
Caían á plomo en la ciudad deicida:
Furioso el populacho entre algazara
A un Mártir al Calvario conducía;
Lívido el rostro, desgarrado el cuerpo
Casi arrastrando con la cruz cargaba,
Exánime cayendo bajo el peso
De tan enorme é insufrible carga.
Una vez y otra la víctima inocente
Con esfuerzo supremo se levanta:
Sus piés los quema el ardoroso suelo,
Y sus heridas con el sol se abrasan.
En agonía su cuerpo caminaba
Por su santo espíritu sostenido;
Su débil paso apresurando ansioso
De consumir su heróico sacrificio.
Por fin llega á la cima del Calvario
De su humilde ropaje despojado:
En la cruz lo extendieron con rudeza
Y sus piés y sus manos le clavaron.

¡Quién podrá describir el cruel tormento
Que sufriste, Señor, en esa hora,
En que enclavado ya, la cruz alzaron
Para encajarla entre las duras rocas!
¡Qué sentiría tu destrozado cuerpo
Con tan tremenda, horrible sacudida!
Espantada la muerte te miraba
Pues la mano de Dios la detenía!
Tres horas te faltaban de martirio,
Tenias que predicar desde esa cátedra -
Que improvisaron fariseos y escribas
Y el pueblo bruto con furiosa saña.
De caridad sublime llena tu alma;
«Tengo sed» les dijiste, «sed ardiente
De que mi Padre mande beneficios
Sobre este pueblo que me da la muerte.»
«Este débil mortal que aquí á mi lado
Sus faltas está expiando arrepentido,
Que el hombre condenó, Dios lo perdona
Y hoy en los cielos estará conmigo.
«Padre» dijiste, «perdónalos que ciegos
No saben lo que hacen; engañados
Por la hipócrita envidia y la calumnia
A un inocente á muerte condenaron.»
Perdón y caridad, he aquí la herencia
Que al cristiano en el Gólgota legaste;
Fué de perdón la súplica sublime
Que en tu última hora dirigiste al Padre.

Por fin la redención fué consumada;
Entregaste tu espíritu divino:
Se estremeció la tierra horrorizada
Sacudida de extraño cataclismo.
Las flores inclinaron sus corolas,
Se secaron las aguas del torrente,
Las aves espantadas se alejaron
Y las fieras le huyeron á la muerte.
Eclipsóse la luz; el sol radiante
Oculto se quedó tras denso velo;
Lámparas funerarias, las estrellas
Tristes en el espacio aparecieron.
De la muerte triunfó el Santo, el Justo,
Consumando el tremendo sacrificio
Nos enseñó que caridad sin límites
Es para el cielo el único camino.
Caridad y perdón; he aquí la enseña
De Cristo en esa cruz crucificado;
Caridad y perdón, y la indulgencia
Debe ser la divisa del cristiano!

Laura Mendez de Cuenca.

Magdalena.

Pálida como pálida azucena,
La blonda cabellera destrenzada,
De hinojos ante Cristo, atribulada,
Llorando está sus culpas Magdalena.

Tiembla, suspira, punzadora pena
Se refleja en su lánguida mirada,
Besa los piés del Salvador cuitada
Y los unje con nardo y con verbena.

—Padre, Padre, la impura penitente
Espera tu perdón en su quebranto;
Toque tu diestra mi lasciva frente,

—Clama la pecadora con espanto:—
Y alzándola Jesús—dijo clemente—
Te perdono, mujer, amaste tanto.....

Julia G. de la Peña de Ballesteros.

ESPERA.

Haces bien, mi dulce Anita,
Cuando me dices "Espera,"
Tu voz vibra placentera
En el fondo de mi hogar.
Tú también como yo triste
En el suelo donde moras,
Para mí siempre atesoras
Tu cariño fraternal!

Tú también pasas llorando
La hora amarga de mi ausencia,
Y es tan triste tu existencia
Como acerbo es mi dolor;
Tú bien sabes que te quiero
Con profundo sentimiento;

Y que hoy forma mi tormento
Nuestra cruel separación.

Tal vez piensas en que unidas
Sin pesar, ni pena alguna,
Siempre igual nuestra fortuna,
Nuestro afecto igual también,
Resbaló nuestra existencia
Tan serena y apacible;
Cómo, Anita, ó, es posible
Que se pueda comprender!

¡Qué felices los instantes
De niñez encantadora!
¡Cuán espléndida su aurora
Nuestra senda iluminó;
Fugitivas alegrías
De una edad que nunca vuelve,
Ay! en vano las envuelve
En su anhelo el corazón!

Pasan . . . pasan . . . como pasa
Leve nube por la esfera,
Y su luz es pasajera
Cual celeste exhalación.
Queda sólo un recuerdo
Como esencia de la vida,
Fiel memoria bendecida
De la dicha que pasó.

¿Cuándo, Anita, vagaremos
A la márgen de aquel río,
Que ahora miras con desvio
Porque yo léjos estoy?
¿Cuándo juntas oirémos
El suspiro de la brisa
Que su turbia linfa riza
Con murmullo seductor?

¿Cuándo, hermana, miraremos
La silvestre florecilla
Que meciéndose en la orilla
Se retrata en su cristal?
¿O aquel rayo de la luna
Que con luz tierna y hermosa,
Va su playa silenciosa
Dulcemente á iluminar?

¿O aquel tímido reflejo
Que del sol agonizante
Como "adios" de un sér amante
En sus ondas va á morir?
¡Todas esas prespectivas
Que se agolpan á mi mente,
Cual recuerdo asaz candente
Que no puedo resistir!

El dolor mi labio sella,
Muere el eco de mi lira,

Y no late ni se inspira
Comprimido el corazón.
Tú bien sabes que Dios quiso
Darme un alma cariñosa,
Que al nacer tan extremosa
Trajo al mundo una expiación.

El pesar para otras leve
En mi pecho se hace inmenso
Y aunque lucho nunca venzo
Mi falsa preocupación.
¿Qué haré, dime, cuando lejos
De mi madre idolatrada,
Vago siempre en mi morada
Sin la lumbre de su amor?

¿Cuándo lejos de tu encanto,
Cariñosa hermana mía,
Pasa un día y otro día
De la vida en el reloj,
Qué haré, dime? mas ya escucho
Tu voz dulce, dice: "Espera,"
Y alza un eco placentera
En mi tétrica mansión.

Dices bien, querida mia,
La esperanza es un consuelo
Que bajó puro del cielo
Para alivio del mortal.

94

Desde hoy más, aunque la pena
Mústia doble mi cabeza,
Recordando tu terneza
Me consagraré á esperar.

Montemorelos, Julio 21 de 1884.

INDICE.

SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ.—Biografía	5
Redondillas	17
De Sor Juana Inés de la Cruz....	21
Soneto	25
Soneto.....	26
Soneto	27
Soneto	28
Soneto	29
Soneto	30
Soneto Número 1.....	31
Soneto Número 2.....	32
Soneto Número 3.....	33
Soneto Número 4.....	34
Soneto	35
LUISA MUÑOZ LEDO.—En el último día del año.....	36
La Poesía.....	40
LUCIA G. HERRERA.—Al Ilustre Doctor Gabino Barreda.....	41

Hogar.....	43
Parodia de Becquer.....	45
MARIA DEL REFUGIO ARGUMEDO DE OR- TIZ.—La flor del sepulcro.....	46
A una flor.....	65
Invocación al Sol.....	50
Desolación.....	51
El Poeta.....	52
DOLORES GUERRERO.—Sueños y Lágrimas.....	55
Nombre desgraciado.....	62
A una Estrella.....	64
FRANCISCA C. CUELLAR.—Tenaz Re- cuerdo.....	66
LAUREANA WRIGHT DE KLEINHANS.— Dios.....	70
La Huérfana.....	82
CAMERINA PAVON.—A Dios.....	84
DOLORES DELAHANTY.—Dos almas.....	85
La Muerte de Jesus.....	86
LAURA MENDEZ DE CUENCA.—Magdale- na.....	89
JULIA G. DE LA PEÑA DE BALLESTEROS. —Espera.....	90